

Tras los signos: deseo y narración en el escenario Web*

Behind of Signs: Desire and Narrative in the Web Sphere

SALETA DE SALVADOR AGRA**

Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN. Nuestros pasos-signos en la Red, alojados en la gran memoria externa de la Web, nos redescubren como seres narrativos pero sobre todo desvelan nuestro anhelo de ser narrados. En nuestra acción narrativa Web, en nuestro vivir “facebookeando” –extensible a nuestro vivir “twitteando”, “blogeando” “googleando”, etc.– vamos dejando atrás huellas de una “historia de vida”. Una historia de vida que, como bien sostiene Cavarero (1997), siguiendo planteamientos arendtianos, confiamos a un otro/otra, a quien podrá contarnos. La esperanza biográfica, que subyace en nuestros intercambios comunicativos vía Web, será objeto de estudio, en un intento de dar cuenta del deseo presente en la actual proliferación narrativa *online*, esto es, del deseo de ser narrados.

Palabras Clave: narración; identidad; biografía; deseo; Web.

ABSTRACT. Our step-signs on the Internet, housed in the large external memory of the Web, rediscover ourselves as narrative beings, but above all they reveal our desire to be narrated. In our Web narrative action, in our “Facebooking” living – that expands to our “tweeting” living, “blogging” or “googling” living –, we are leaving behind us traces of a “story of life”. As Cavarero argues (1997), following Arendtian approaches, we entrust this story of life to another/other, who can tell us. The biographical hope underlying our communicative exchanges via the web, will be studied in an attempt to account for the desire present in the current online narrative proliferation, that is, the desire to be narrated.

Keywords: Narrative; Identity; Biography; Desire; Web.

* Este artículo es un resultado del proyecto de investigación financiado “Teoría de las emociones y el género en la cultura popular del siglo XXI” (FEM2014-57076-P).

** saletadesalvador@gmail.com / ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-1985-5223>.

1. *El deseo, entre la identidad y la narración*

“La subjetividad está envuelta en la rueda de la narración y se constituye, en realidad, en la relación existente entre la narración, el significado y el deseo”

TERESA DE LAURETIS

El papel de la narración en la identidad nos sitúa ante el doble juego del contar, esto es, del acto de referirse a algo –de los cuentos que contamos y nos cuentan– pero también del ser tenido en cuenta, del acto de ser tomado en consideración, del valer, del ser escuchados, del contar con alguien para lograr lo que se desea. Si bien ambos sentidos ponen de manifiesto la necesidad del otro, la negación de ser sujeto en aislamiento, la reclamación de intercambio y la consecuente interdependencia que subyace en toda narración, no obstante, la última acepción apunta directamente al deseo. El complejo vínculo entre deseo y narración ha sido objeto de varios estudios que, desde diferentes planteamientos, han abordado los mecanismos de la lógica de la producción y de la recepción de sentido involucrados en toda narración. “Una narración es una cuestión de deseo” (De Lauretis, 1992, 178), expresaba Teresa de Lauretis quien, desde parámetros semióticos y psicoanalíticos, nos situó ante su preocupación por los efectos de la narración, por la vinculación deseo-narración como búsqueda dinámica e inconclusa de la identidad¹. Esta búsqueda identitaria “envuelta en la rueda de la narración” será justamente la que nos servirá como punto de arranque para nuestro propósito, esto es, desentrañar el deseo que impulsa nues-

tras interacciones narrativas *online*. O dicho de otro modo, el objetivo será ofrecer una posible explicación que ahonde en el sentido último de la actual proliferación masiva de exposiciones públicas *online* centradas en el individuo y, en particular, intentar dar una respuesta respecto de la explosión de auto-narraciones en tantas Redes Sociales digitales contemporáneas. Con tal propósito abordaremos la relación identidad personal-narración desde las dos preguntas arendtianas –“¿qué soy?” y “¿quién soy?”– que retoma, a la luz de la perspectiva filosófica, Adriana Cavarero (1997), distinguiendo así la “identidad narrativa” de la “identidad narrable”.

1.1 *La identidad narrativa: yo que me cuento online*

Desde sus inicios, las posibilidades performativas de Internet se sustentaron en la capacidad subversiva del ser con signos *online*. La lectura de una comunicación más igualitaria, en relación a otros medios y mediaciones, llevó aparejada la concepción de una identidad narrativa resultante de un texto electrónico que nos alejaba de cualquier estabilidad. Esto es, la proclamación de la materialización de una identidad plural, postmoderna, situaba a la Web como un gran “laboratorio de identidades” (Turkle, 1997; Zafra, 2005; Demaria, 2008). Un laboratorio donde poder traspasar el *topos* de la identificación-identidad, entendida como cuerpo, y que supuso, en los primeros pasos de la vida *online*, una oportunidad de cambiar cosas con signos (Austin, 1975). Los usos de los chats, de comunidades virtuales o de juegos en Red como los MUDs conllevaron

implícitos los anhelos de la liberación de las cadenas corpóreas, al permitir experimentar desde lo múltiple, lo fluido, lo difuso, lo fragmentado y lo plural (Turkle, 1984; 1997). Esta capacidad de ser con signos pivotaba sobre las oportunidades ofrecidas por el anonimato que contribuyó a plasmar los deseos de las voces desencarnadas o descorporizadas (de Salvador, 2016). Con el transcurrir del tiempo, y con el advenimiento de la Web 2.0, aquel anonimato se comenzó a poner en entredicho: desde los límites encerrados en el propio texto² hasta el uso más extendido, a través de las Redes Sociales digitales, de los intercambios centrados en los usuarios con nombre propio³. A pesar de las variaciones, el cuestionamiento de la identidad esencialista, facilitada en el espacio Web, no desvaneció. La crítica al sujeto moderno⁴, al *cogito ergo sum* cartesiano, subsistió pues la Red siguió entendiéndose como un lugar donde ocupar diferentes posiciones, donde jugar con las diferencias y donde plasmar el sí mismo narrado. En suma, desde el principio, la Web se comprendió como un espacio para la textualización del yo que permitía exhibir la identidad entendida como un proceso y no como una sustancia estable.

Desde el plano de la identidad narrativa, la vinculación deseo y narración nos emplaza a situarnos en el “orden textual”. Así, de entre las posibles “formas de vida” vinculadas a los diferentes “juegos del lenguaje” Web, en sentido wittgensteiniano, nos detendremos, en lo que sigue, en aquellas que atienden a los modos particulares de contarnos y ser contados que allí acontecen. La identidad textual resultante de las auto-biografías Web se enten-

derá como una puesta en práctica de un yo que se cuenta *online*. Si bien podrían leerse todas nuestras huellas electrónicas depositadas en la Web como expresión de una subjetividad, lo cierto es que en las distintas y actuales plataformas de comunicación vía Internet existe un espacio autorreferencial donde explícitamente se habla de uno mismo: el perfil.

En el perfil, el sujeto blogger, facebooker, twitter se presenta y en el acto de presentarse/describirse/contarse a sí mismo asume el papel de un actor/actora, de un *performer*. El escenario Web permite así dar vida y representar diferentes roles, a través de los ‘actos de escritura’ en primera persona (explícitos: “Yo soy” e implícitos: “Me gusta”). En este sentido, como se ha mencionado, estaríamos ante una identidad intra-textual donde el yo y el texto se superponen. Una coincidencia donde nuestra vida-narración iría, sin distinción, desde la ficción a la no ficción. Aunque ello podría no ser relevante para interactuar, no obstante, encontramos en los perfiles, un espacio donde el yo que se cuenta nos habla de sus cualidades, de su naturaleza biológica, de su pertenencia cultural, de sus gustos, de sus posiciones sociales, de sus relaciones, de su trabajo, de su carácter, etc. En definitiva, en su descripción intenta dar respuesta al “¿qué soy?”. En palabras de Cavarero: “El que, o sea la cualidad, el carácter, los roles, las posiciones del sí mismo cambian y son inevitablemente múltiples y juzgables, reinterpretables, de modo múltiple” (Cavarero, 2005, 97). Es decir, la identidad narrativa Web del perfil responde a la apertura, a ser descodificada desde diferentes códigos de recepción (basta pensar

en el mundo del texto observado por cualquier lector/lectora desde cualquier código que actualice y produzca el sentido). Responde, a fin de cuentas, a la mutabilidad y a la contingencia propia de una historia de vida *in progress*.

Con todo, el yo que se articula y se expone allí no es un yo solipsista. Vive y subsiste en el espacio público de la Web, donde ese yo social se enuncia mediante una acción narrativa que sólo cobrará sentido gracias a un otro/otra: “es el *acto de lectura* el que acaba la obra, que lo transforma en una *guía* de lectura, con sus zonas de indeterminación, su riqueza latente de interpretación, su poder de ser reinterpretado de manera siempre nueva en contextos históricos siempre nuevos” (Ricoeur, 2006, 16).

La dimensión de la alteridad, siempre presente en las narraciones de uno mismo a diversos niveles, adquiere una particular importancia en los ambientes infovirtuales donde la visibilidad, el ser visto por el “ojo-Red” (Zafra, 2010), es aquello que realmente existe. El papel del otro/a será, por tanto, crucial en nuestra propia historia narrada *online* pues, tal y como sostiene Cavarero, será el *tú* que nos mira el único que podrá contarnos. A diferencia, por ejemplo, de Paul Ricoeur⁵ o de Teresa De Lauretis, quien expresó que “hay que buscar la relación narración y deseo dentro de la especificidad de la actividad textual” (de Lauretis, 1992, 169), Cavarero propondrá, por el contrario, la “inesencialidad del texto” (Cavarero, 2005, 58) en dicha relación. Esto es, “para decirlo con una fórmula muy breve: el otro es siempre un sí mismo narrable sin importar el texto” (*ibíd.*, 2005, 49). O lo que es lo mismo, el

yo no podrá contar su historia de vida, no podrá ser, como sostuvo Arendt, el autor o la autora de su propio relato porque “quien camina sobre el terreno no puede ver la figura que sus pasos dejan tras de sí, le es necesaria *otra* perspectiva” (Cavarero, 2005, 10).

1.2 La identidad narrable: *tú que me miras, tú que me cuentas*

En *Tu che mi guardi, tu che mi racconti. Filosofia della narrazione* (1997), Adriana Cavarero reflexiona filosóficamente sobre la narración y el estatuto ontológico del existente. Desde presupuestos arendtianos, la filósofa italiana indaga sobre la identidad fuera del texto, fuera de la cárcel del lenguaje. En otras palabras, su preocupación no gira sobre el texto sino sobre el deseo: el deseo de ser narrados. La identidad textual, narrativa, deja paso así a la reflexión sobre el “sí mismo narrable”, situando el centro de interés en la unicidad, en la singularidad y en la irrepetibilidad e insustituibilidad de todo ser humano. En definitiva, Cavarero insiste, en línea con la propuesta de Hannah Arendt⁶, en no confundir el *qué* con el *quién*, en distinguir dos registros abiertamente opuestos:

“Uno, aquel de la filosofía, tiene la forma de un saber definitorio que atiende a la universalidad del Hombre. El otro, aquel que desde la narración, tiene la forma de un saber biográfico que atiende a la identidad irrepetible de un hombre. Las preguntas que sostienen los dos estilos discursivos son igualmente diversas: la primera pre-

gunta “¿qué es el Hombre?”, la segunda, al contrario, pregunta a alguien “¿quién es él?” (Cavarero, 2005, 23).

La pregunta por el quién nos aleja del texto, tanto de la identidad textual estable como de aquella fragmentada y plural, para situarnos ante la identidad extra-textual⁷, ante el estatuto de la propia narratividad⁸. Este paso supone atender a la identidad desde la unicidad e irrepitibilidad, no entendida ésta como el producto sino como el sustento de la propia narración. El primer plano lo ocupa entonces aquí aquel discurso que, desde el “orden del ser”, enfoca la necesidad del *otro* en la propia narración identitaria. El sí mismo narrable como el deseo que genera la propia narración. Narrable y no narrativo porque, como explica Cavarero (1997), no sabemos desde el inicio qué identidad estamos narrando pero sí sabemos que, al final, una identidad será formada. Un inicio y un cierre que forzosamente solicitará y precisará de un *tú* que nos narre, de un *tú* que nos mire y nos cuente puesto que “la categoría de identidad personal postula siempre como necesario el *otro*” (Cavarero, 2005, 31). Sin poder atender a todas las implicaciones de la fundada tesis de Cavarero respecto de su fecunda concepción ontológica del sujeto—lo que implicaría un estudio comparativo con aquellas concepciones con las que polemiza⁹— conviene, sin embargo, para nuestro objetivo, destacar la relevancia dada a la necesidad del *otro* en la narración, a la mirada ajena en la propia configuración de la identidad. Esta dimensión del *otro*, apuntada por la filósofa italiana, será la clave para comprender la proliferación de narrativas en Red centradas en el yo.

El “yo que me cuento *online*”, el que actúa y habla en la Web, se halla siempre entre otros: es un signo percibido en el mundo sígnico común de la Red. La autoexhibición va, por tanto, de la mano de un *otro* que nos mire. La idea de la identidad relacional se comprende aquí como la base que sustenta la propia narración *online*. *Viviendo y actuando* en la Web mostramos quién somos, nos “aparecemos”, en términos arendtianos, ante una mirada ajena, mostrándonos a través de los ‘actos de escritura’ Web (de Salvador, 2016). Esto es, el quién se desvela a través del texto *online* y es interpretado por un *otro*. En el perfil o en el cuerpo central de cada Red Social digital, planeándolo o no, intencionalmente o no, nuestra acción narrativa Web cobra importancia en la medida que hay un *otro* que escucha/mira; el único que podrá contar nuestra identidad en forma de historia de vida. Tan sólo una lectura retrospectiva podría narrar el transcurso de nuestra vida *online*. Una vida que es única e irrepitible pues ningún otro podrá vivir o morir en nuestro lugar. La autobiografía deja así paso a la biografía, a nuestros pasos *online* narrados por *otros*, puesto que la pregunta “¿quién soy yo?” no la puede responder “la autobiografía sino la narración de mi historia hecha por otro” (Cavarero, 2015, 64). Lejos así de la centralidad del texto, todo ser humano es un sí mismo narrable. Dicho de otro modo, independientemente del texto, de lo que se narra, del contenido particular, de la historia de vida concreta o de las múltiples lecturas que se hagan sobre uno mismo, aparece la identidad narrable, la identidad que desea. Una identidad expuesta y externa que “encomienda su deseo de sen-

tido a la mirada, a los gestos y palabras de otros” (Cavarero, 1999, 161). Pues ocurre, como decía Roland Barthes, que “en el origen del relato está el deseo” (Barthes, 2009, 95), el deseo, trasladado a nuestras interacciones Web, de ser contados, esto es, el deseo de lo que podríamos denominar como la esperanza biográfica.

2. La esperanza biográfica: memoria y cibermuerte

“Espera, como el que se queja, ser escuchado: espera que al expresar su tiempo se cierre su figura; adquirir, por fin, la integridad que le falta, su total figura”

MARÍA ZAMBRANO

Nuestros signos, nuestras huellas *online*, nuestro *vivir y actuar* facebookeando, twitteando, googleando, bloggeando, youtubeando, etc. podrían ser leídos en clave de autobiografía, en línea con toda la literatura que destaca la proliferación de las narraciones centradas en la primera persona. Es decir, la comprensión de la Red como la expresión de la autoafirmación narcisista. Un narcisismo, ligado a un voyeurismo, que se focalizaría en lo vivencial de cada uno, en lo testimonial y que justificaría en parte las “entradas” que responden al “¿qué estás pensando?” o “¿qué estás haciendo?”, de Facebook, por ejemplo. La resultante espectacularización del yo que se cuenta y que allí se muestra conllevó la interpretación del yo como producto confeccionado, no solo para el autoconsumo sino para el consumo ajeno. En la “sociedad de consumidores”, como apunta Zygmunt Bauman, nosotros mismos nos convertimos en bienes de con-

sumo pues tal sociedad tiene la “capacidad de *transformar los consumidores en productos consumibles*” (Bauman, 2007, 26). El mercado de la mirada, teorizado por Paul Virilio (1999), sería el responsable de convertir al yo en negocio, en *e-business*, dentro de la propia Red entendida como forma de comercialización pues, tal y como lo expresa Eva Illouz, “transforma el yo en un producto envasado que compite con otros en un mercado abierto, regulado por la oferta y la demanda” (Illouz, 2007: 188). El espectáculo del yo (Sibilia, 2008), fundamentado en ese gobierno de la mirada, haría renacer un nuevo tipo de narcisismo (yo que me cuento *online*) y de voyeurismo (tú que me miras *online*). Sin embargo, al “yo que se cuenta” y al “tú que me miras”, cabría añadir un “tú que me cuentas”:

“A diferencia de Narciso y del sujeto cartesiano, este sí mismo relacional no se ve, sino que se da a ver, y por tanto ni sabe, ni puede decir *quien* es. Simplemente, se exhibe, sin ni siquiera poder controlar *quien* está de esa manera exhibiéndose. De este movimiento de exposición, más o menos intencional, resulta sin embargo una historia de vida: que es única e irreplicable como la existencia de quien se la deja detrás” (Cavarero, 1991: 161).

De tal modo que las improntas digitales que dejamos tras nuestro teclear muestran, de un lado, que nuestra identidad es narrativa, performativa y, por tanto, no es una sustancia estable sino siempre sujeta a la revisión, a la interpretación y, del otro lado, nos muestran nuestro sí mismo na-

rable siempre solicitando a un *otro* que le narre, un *otro* a quien confiar nuestros pasos, nuestra historia de vida. La dialéctica de ambos planos de la identidad, narrativa y narrable, se conjugan, a mi parecer, en el escenario Web, en torno a dos características: la democratización y el recuerdo permanente.

2.1 La democratización biográfica

En el querer *devenir visible* nos encontramos con el *otro*, abriendo así el paso a lo biográfico, o quizás a una borrosa distinción entre ambas narraciones donde lo autobiográfico y lo biográfico irían de la mano¹⁰ (el caso concreto lo encontraríamos en el nuevo diseño de Facebook donde el “muro” y la “biografía” resultan fusionados). De hecho, la ruptura de dicha frontera narrativa podría abrir el camino a otra superación, ahora con tintes sociales, a saber: aquella que separa a la “gente con biografía” y a la “gente sin biografía”. La disolución de la conocida tipología lotmaniana (1998) supondría una democratización donde se ensancharía el derecho a la biografía, a un reconocimiento social de la palabra, a que nuestra vida y nuestro “nombre sean inscritos en la memoria de la cultura” (Lotman, 1998, 154), en nuestro caso, en la cultura digital o cibercultura. Ciertamente que no debemos olvidar las brechas digitales, tanto aquellas que apuntan a las dificultades de acceso como de uso, que convertirían en controvertible tal disolución, en la medida que pondrían de manifiesto las desigualdades existentes, esto es, nuevamente aquellas desigualdades de status social a las que apuntó Lotman. Sin embargo, quienes sí tendrían derecho a la biografía parecen, pese a la incidencia de las

brechas, aumentar en cantidad. La extensión a un gran número de personas, sumado a las facilidades de presentarse en Red, desde diferentes soportes y formatos, imprime ventajas a la escritura *online*. La democratización resultante apuntaría justamente a que “nadie posee una vida... cuya historia no pueda ser narrada” (Arendt, 1990, 91). Sin considerar la excepcionalidad, la Web desplegaría la senda a escuchar otras voces, a atender a cada uno como ser único e irreplicable. Personajes secundarios que, ahora, en pie de igualdad claman y reclaman su deseo identitario, su propia historia de vida contada por ellos mismos, con la esperanza depositada en el/la otro/a que escucha/mira, esto es, en la esperanza confiada en un/una virtual narrador/a. Una suerte de legitimación que ampliaría los modelos biográficos que, como apuntaba Lotman, construye la propia cultura. Así la cultura digital se alzaría como una mayor oportunidad de encontrar, parafraseando a Ricoeur y actualizando su tesis, al narrador que toda vida y relato Web buscan (Ricoeur, 2006). Esto es, a diferencia del “lector modelo” implícito en todo texto (Eco, 2010), la fuerza recae aquí en la búsqueda del narrador o narradora virtual que todo texto solicita.

La esperanza biográfica presenta como alcanzable un “quién” que cierre nuestra figura, tal y como anuncia la cita inicial de Zambrano, alguien del que esperamos que vuelva tras nuestros signos *online*, que reconstruya nuestra historia de vida. Para aclarar este deseo, Cavarero abre su libro con un cuento, tomado de la novela *Memorias de África* de Karen Blixen, donde se cuenta la historia de un hombre que tras un gran ruido se despierta en la noche. Y, en este punto, escribe Blixen, bajo el

pseudónimo de Isak Dinesen, que el hombre, con la finalidad de encontrar la causa del ruido que lo había despertado, se dirigió en la oscuridad hacia un estanque cerca de su casa. Fue de un lado a otro, tropezándose y cayéndose en zanjas y volviéndose a levantar. Finalmente, convencido de que el ruido provenía del fondo del estanque, se dió cuenta de que había abierto una brecha en el dique por lo que se dispuso a cerrarla. Cuando la selló, regresó a la cama. A la mañana siguiente, desde la ventana, vió que los pasos de la noche anterior habían dibujado en el suelo una cigüeña. Esta cigüeña/narración es la que le sirve a Cavarero para introducirnos en su filosofía de la narración, en su tesis de que tras nuestras pisadas, tras nuestras acciones, tras el transcurrir accidentado de la vida al final habrá un dibujo unitario. El que surge tan sólo después de que alguien una los puntos, las marcas de nuestra vida, pues “su pleno significado sólo puede revelarse cuando ha terminado” (Arendt, 1998, 215). Como en aquellos juegos infantiles de descubrir la imagen tras los puntos numerados, quien lo complete hará aparecer “su total figura”, la cigüeña, la propia historia individual e irrepetible de cada uno de nosotros.

A mi modo de ver, una de las razones de la proliferación de las autonarrativas *online*, de la identidad expuesta y sobreexpuesta en Red, se movería en ese plano: el de la búsqueda de la figura, de la cigüeña que rechaza la idea que afirma que nuestra vida fue una sucesión de eventos casuales y accidentales. Nos situaríamos, por tanto, en el plano de la demanda del reconocimiento y del deseo que funda al yo relacional¹¹. Pues, la identidad solicita

la relación, ya que “el sí mismo, en la medida en que es un quién y no un qué, tiene justamente una realidad toda externa y relacional” (Cavarero, 2015, 85). De modo que detrás de la confesión pública en Red —que a Bauman le sirve para hablar de ella como confesionario, como “sociedad confesional”, como “confesionarios electrónicos portátiles” (Bauman, 2007, 14)— se esconde la reclamación de la mirada del otro: “pues lo importante en la confesión no es que seamos vistos sino que nos ofrecemos a la vista, que nos sentimos mirados, recogidos por esa mirada, unificados por ella” (Zambrano, 1995, 46). Así, esperamos que la persona que nos mire, nos cuente, tal y como anuncia el título de la mencionada obra de Cavarero, nos unifique a través del relato, que pinte nuestra cigüeña. O parafraseando a Ricoeur, esperamos que nuestra vida *online* encuentre su narrador (Ricoeur, 2006). El deseo biográfico podría entonces venir a dar una posible respuesta a la propagación de narrativas en Red como esfuerzos y ansias por ser reconocidos, como la expresión de un quién buscando otro quién, incluso más allá de nuestra propia cibermuerte.

2.2. *In memoriam online*

La promesa del gran receptáculo Web, donde albergar nuestras huellas digitales, acrecienta la esperanza en la receptividad, en las lecturas siempre inagotables de nuestros pasos. A la vez que el álbum *online* que dejamos atrás, está suponiendo un nuevo reto; la cibermuerte, coincidiendo ésta con la propia muerte *offline*, ha propiciado el nacimiento de albaceas digitales. Así, por ejemplo, Facebook ha deci-

dido que, previo testamento, podremos designar a una persona que se encargue de gestionar nuestra página una vez muertos, dejando el muro/biografía abierto a “entradas” de nuestros amigos pero sin poder modificar nuestro propio perfil (tan sólo la fotografía). Confiando nuestra identidad a la relación posterior, el custodio permitiría así las menciones biográficas *postmortem*.

La biografía surge como el motor de búsqueda del *quién soy online*. ¡Cuéntame mi historia!, aclamarían nuestros signos *online*, reconócame. Una historia de vida que, como ya hemos anunciado, puede ser reinterpretada, pues la plasmación de tal historia es a través de textos, de signos producidos y, por supuesto, ilimitadamente interpretados. Es decir, un *quién* insustituible siempre irá acompañando a un *qué* mutable. Así matiza Cavarero: “La extraña posibilidad de prescindir del texto significa simplemente que no es necesario para nosotros conocer la historia para saber que el otro es un ser único cuya identidad radica en esa historia” (Cavarero, 2005, 49-50). Una “extraña posibilidad” a la que Arendt hacía referencia como una “curiosa intangibilidad” desconcertante:

“La manifestación del *quién* es el que habla y *quién* es el agente, aunque resulte visible, retiene una curiosa intangibilidad que desconcierta todos los esfuerzos encaminados a una expresión verbal inequívoca. En el momento que queremos decir *quién* es alguien, nuestro mismo vocabulario nos induce a decir *qué* es ese alguien; quedamos enredados en una descripción de cualidades que necesariamente ese alguien

comparte con otros como él; comenzamos a describir un tipo o «carácter» en el antiguo sentido de la palabra, con el resultado de que su específica unicidad se nos escapa” (Arendt, 1998, 205).

Esta aparente incapacidad de retener en palabras el *quién*, de definirlo, de catalogarlo, es decir, el círculo cerrado del texto al que parece abocarnos, no cancela la idea de que tras un *qué* hay siempre un *quién*. Tras nuestros signos *online* hay una búsqueda identitaria inconclusa, dinámica, un deseo de reconocimiento sustentado en el deseo de ser narrados, de contar para un otro/otra, independientemente de aquello que nos cuente. Esta independencia no obedece más que a la lectura, o lecturas, del narrador/a que cierra nuestra figura, del que dibuje nuestra *cigüeña*. El “yo que se cuenta *online*” es tan sólo el rol de un actor/actora, no el de un autor/autora:

“aunque todo el mundo comienza su vida insertándose en el mundo humano mediante la acción y el discurso, nadie es autor o productor de la historia de su propia vida. Dicho con otras palabras, las historias, resultados de la acción y del discurso, revelan un agente, pero este agente no es autor o productor. Alguien la comenzó y es su protagonista en el doble sentido de la palabra, o sea, su actor y paciente, pero nadie es su autor” (Arendt, 1998, 208).

La confusión entre actuación y autoría es especialmente significativa y problemática en el escenario Web. El carácter performativo de nuestras acciones *online* puede conllevar la ilusión de proyectar

nuestra existencia como si nuestra vida fuese una novela de la que nosotros somos los autores. Ciertamente que, desde el orden textual, ello vendría a encontrar una resonancia clara al sobreponerse yo y texto. Sin embargo, la incapacidad de controlar la acción y el discurso se comprende, bien desde el orden del ser, bien desde el alcance de la Web como agente de narración. La pretensión de borrar nuestras huellas digitales atesoradas en la gigante memoria electrónica podría tener un trágico desenlace: ser recordados para siempre. Así le ha ocurrido a Mario Costeja, un abogado español que, pese a haber ganado un juicio a Google, el 13 de mayo de 2014, en el que reclamaba su “derecho al olvido”, desafortunadamente consiguió convocar más “entradas” para su propia historia. Su victoria supuso que, al teclear su nombre en el buscador más usado en la Web, las menciones se hayan incrementado exponencialmente. Sin embargo, como bien expresa Eliane Brum, “me parece que Mario Costeja no quería ser olvidado, sino controlar la narrativa de su vida. Él quería editarla, cortando las partes que consideraba vejatorias y manteniendo las más edificantes” (Brum, 2014). Mario quería convertirse, según la terminología arendtiana, en el autor de su propia historia de vida y, pese a ello, se convirtió en su paciente: “debido a que el actor siempre se mueve entre y en relación con otros seres actuantes, nunca es simplemente un «agente», sino que siempre y al mismo tiempo es un paciente” (Arendt, 1998, 213). El espejismo de la autoría, de poder hacer desaparecer y controlar “las marcas de una vida ante la mirada del otro”, conduce a Brum a la conclusión de

que, en el escenario Web, “la única forma de morir (o de ser olvidado) es estar fuera del lenguaje –o no haber hablado nunca” (Brum, 2014). Sin acción y sin discurso, carentes de significado, sería posible morir después de Internet pues “sin el acompañamiento del discurso, la acción no sólo perdería su carácter revelador, sino también su sujeto” (Arendt, 1998, 202). Moriríamos, pero, siempre y cuando, no haya un *otro* que, en la esfera pública *online*, nos recuerde, nos cuente. Por lo tanto, a la apertura democratizadora de la escritura Web le acompañan también resistencias, resistencias biográficas de quien, como anunciaba Arendt, confunde autoría con actuación.

3. *A modo de conclusión: el deseo de ser narrados en el escenario Web*

“Entre identidad y narración hay en efecto una tenaz relación de deseo”

ADRIANA CAVARERO

La esperanza biográfica nos presenta como posible el deseo de ser narrados en Web, como alcanzable, como factible que un otro nos cuente nuestra única e irreplicable historia de vida. Las huellas de nuestros pasos digitales revelan nuestra identidad narrativa, nuestro qué somos, en la medida que hacemos uso del texto *online* para contarlos pero, fundamentalmente, nos descubren la oportunidad de encontrar un narrador/a que nos diga quién somos. La distinción entre “identidad narrativa” e “identidad narrable” permite así entender la conjugación entre lo textual y lo extra-textual, entre el orden del texto y el orden del ser. O, dicho de otro modo, distinguir el qué

del quién es alguien. Si bien, tal y como hemos visto, ambas preguntas se encuentran entrelazadas en una tensión, su diferenciación ayuda a entender el deseo como motor de búsqueda de la identidad personal. La identidad que pide, que desea ser narrada, se presenta así en un espacio público y accesible, idóneo para el encuentro con el otro/otra. La extensión del derecho biográfico y el gran receptáculo Web lo sitúan como un escenario propicio para plasmar la mencionada doble acepción del contar que se da en la relación auto/biográfica *online*. El pasado tecleado acechará de este modo al presente pues allí ocurre aquello, que decía Lotman, de que “en toda arte relacionada con la visión y con los signos icónicos solo hay un tiempo artístico posible: el presente” (Lotman, 1979, 105). Un presente a ojos del receptor que leerá nuestros recuerdos fijados en la Web, la memoria de nuestro yo. El anhelo de supervivencia convertido en una “museificación” digital, desde la que se podría reconstruir la continuidad de nuestra identidad en el tiempo, derivada del no olvido *online*. La proliferación de las formas actuales de auto/narración Web no respondería, por tanto, según ha sido expuesto, tan sólo a un narcisismo o a una lectura económica del yo como mercancía, sino a la pretensión de la mirada del otro, al deseo de ser narrados, al reconocimiento que está en la base de nuestra propia estructura ontológica. Un deseo que ahora podría venir satisfecho con la simple escritura Web centrada en uno/a mismo/a y que, en última instancia, nos re-descubre como seres narracionales, que nos narramos, pero sobre todo revela la necesidad de ser narrados.

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, H. (1990): “Isak Dinessen. 1885-1963” en *Tiempos de oscuridad*, Barcelona: Gedisa.
- Arendt, H. (1998): *La condición humana*, Paidós: Barcelona.
- Arfuch, L. (2010): *El espacio autobiográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires: F.C.E.
- Austin, John L. (1975): *How to do things with words. The William James lecture delivered at Harvard University in 1955*, Oxford: Clarendon Press.
- Barthes, R. (2009): *S/Z*, Madrid: Siglo Veintiuno Editores.
- Bauman, Z. (2007): *Vida de consumo*, Madrid: F.C.E.
- Brum, E. (2014): “¿Es posible morir después de Internet?”, *El País* (28 de mayo de 2014).
- Cavarero, A. (1999): “Il pensiero femminista. Un approccio teoretico” in Restaino, F y Cavarero, A. (eds.) *Le filosofie femministe*, Torino: Paravia scriptorium.
- Cavarero, A. (2002): “Donne, filosofie e narrazione: la tensione del desiderio” in Gelli, B. (a cura di) *Voci di donne: discorsi sul genere*, Lecce: Manni Editori.
- Cavarero, A. (2005): *Tu che mi guardi, tu che mi racconti. Filosofia della narrazione*, Milano: Feltrinelli.
- Daniels, J. (2009): “Rethinking Cyberfeminism(s): Race, Gender and Embodiment”, *Women’s Studies Quarterly* n° 1-2 (37), pp. 101-124.
- De Lauretis, T. (1992): *Alicia ya no. Feminismo, Semiótica, Cine*, Madrid: Cátedra.
- De Salvador Agra, S. (2012): “Tecnologías digitales del género: de la revisión a la borrosidad en los ciberfeminismos”

- <http://www.oei.es/congresoctg/memoria/pdf/DeSalvador.pdf>
- De Salvador Agra, S. (2016): “Corpos na Rede: desencrptando as voces descorporizadas e os corpos hipermediados” en Neira, X.A (ed.) *O corpo a debate: diversidade nos mecanismos, práticas e avatares da corporalidade como inscrição social*, Santiago de Compostela: CampUSCulturae Project, D.L., pp. 129-148.
- Demaria, C. (2008): “Il dibattito sul genere e le nuove tecnologie: rapporti, usi e rappresentazioni” in Demaria, C y Violi, P. (eds.) *Tecnologie di Genere. Teoria, usi e pratiche di donne nella rete*, Bologna: Bononia University Press, pp. 21-51.
- Eco, U. (2010): *Lectori in fabula. La cooperazione interpretativa nei testi narrativi*, Milano: Bompiani.
- Gilligan, C. (1985): *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Illouz, E. (2007): *Intimididades congeladas. Las emociones en el capitalismo*, Buenos Aires: Katz.
- Lotman, I. M (1979): *Estética y Semiótica del Cine*, Editorial Gustavo Gili: Barcelona.
- Lotman, I. M (1998) “La biografía literaria en el contexto histórico cultural (sobre la correlación tipológica entre el texto y la personalidad del autor)” en *La Semiosfera II. Semiótica de la cultura, del texto, de la conducta y del espacio*, Madrid: Cátedra.
- Nakamura, L. (2001): “Race In/For Cyberspace: Identity Tourism and Racial Passing on the Internet” en Trend, D. (ed.) *Reading digital culture*, Cambridge: M.A Blackwell, pp. 226-236.
- Noddings, N. (2002): *La educación moral. Propuesta alternativa para la educación del carácter*, Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Ricoeur, P. (1996): *Sí mismo como otro*, Madrid: Siglo Veintiuno Editores.
- Ricoeur, P. (2006): “La vida: un relato en busca de narrador”, *Ágora. Papeles de Filosofía*, vol. 25, nº 2, pp. 9-22.
- Sibilia, P. (2008): *La intimidad como espectáculo*, F.C.E: Buenos Aires.
- Turkle, S. (1984): *The Second Self: Computers and the human spirit*, New York: Simon and Schuster.
- Turkle, S. (1997): *La vida en la pantalla. La construcción de la identidad en la era de Internet*, Barcelona: Paidós.
- Virilio, P. (1999): *La bomba informática*, Madrid: Cátedra.
- Zambrano, M. (1995): *La confesión: género literario*, Madrid: Ediciones Siruela.
- Zafra, R. (2005): *Netianas. N(h)acer mujer en Internet*, Madrid: Lengua de Trapo.
- Zafra, R. (2010): *Un cuerpo propio conectado. (Ciber) espacio y (auto) configuración del yo*, Madrid: Fórcola.

NOTAS

¹ Cabe anunciar que el estudio realizado por De Lauretis es mucho más amplio y rico que la idea aquí retomada. Para una mayor profundización en su propuesta sobre los mecanismos y la producción de sentido y deseo,

desde la teoría crítica feminista, aplicada a la narrativa cinematográfica, véase De Lauretis (1992), en particular el capítulo V titulado “El deseo de la narración”.

² La facticidad de un ocultamiento a través del lenguaje escrito parece no cancelar por completo los rasgos inscritos en nuestra propia subjetividad. A partir del texto se comprendió que el cuerpo oculto sí habla. Estudios como el de Lisa Nakamura (2001) o Jessie Daniels (2009) demuestran cómo en las interacciones textuales *online* se reafirma el yo corporal desde las clásicas categorías del sistema sexo-género y de la raza.

³ La extensión del nombre propio, como designador rígido, en las Redes Sociales digitales reforzará, tal y como veremos, la “identidad narrable”. En este sentido se expresa Cavarero: “La unicidad está más bien en el hecho paradójico de que cada uno responda inmediatamente a la pregunta “¿quién eres?” pronunciando el propio nombre, aunque otros miles puedan responder con el mismo nombre. En tanto compartido con muchos otros, el nombre propio es así la extraña síntesis verbal de una unicidad que se expone a su pregunta sin que venga a corresponderle ningún conocimiento ulterior” (Cavarero, 2005, 29).

⁴ Un construirse en polémica con la idea de la identidad como sustancia que, desde el feminismo, con su crítica al universal masculino, fue retomada por el denominado ciberfeminismo o feminismo cyber, quien apoyándose en Haraway, rebatió performativamente las lógicas binarias identitarias (de Salvador, 2012).

⁵ La concepción de la identidad narrativa, entendida desde la dialéctica del yo/otro (*idem/ipse*), desarrollada por el filósofo Paul Ricoeur, vendría a coincidir, en parte, con lo expresado bajo el concepto de “identidad narrativa”, distanciándose, por el contrario, de la denominada “identidad narrable” en la idea de insustituibilidad, siguiendo la propuesta de Cavarero. Para una mayor profundidad en su concepción, que aquí no seguiremos, véase, entre otras obras, Ricoeur (1996).

⁶ Quien a su vez retoma la distinción de ambas preguntas de Agustín de Hipona, tal y como expone en *La condición humana*.

⁷ Para una contraposición entre las tres acepciones de identidad personal (esto es, la identidad moderna auto-referencial del sujeto metafísico, la identidad fragmentada y plural del sujeto postmoderno plural y, por último, la propuesta de Cavarero, quien en el horizonte teórico de Arendt, propondrá la identidad entendida como unicidad) véase Cavarero (2002).

⁸ Sobre el concepto de “narratividad” se pronuncia De Lauretis cuando afirma que el objeto de la teoría narrativa “no es, por tanto, la narración sino la narratividad: no tanto la estructura de la narración (sus unidades y sus relaciones) sino su funcionamiento y sus efectos” (De Lauretis, 1992, 168).

⁹ Una exposición, en efecto, completa de su exposición teórica, que aquí no estoy siguiendo, debería explicar su propuesta del quien en tanto “unicidad encarnada y por lo tanto sexuada” (Cavarero, 2005, 83), lo que desbordaría ampliamente los propósitos de este artículo.

¹⁰ “Espacio biográfico” es la expresión propuesta por Leonor Arfuch, en su relectura de Leujene, para referir a “la multiplicidad, lugar de confluencia y de circulación, de parecidos de familia, vecindades y diferencias” (Arfuch, 2010, 22) de las narrativas contemporáneas. Un hibridismo que sitúa la vivencia como valor privilegiado, poniendo la propia experiencia en primer plano.

¹¹ La concepción del “yo relacional” se enmarca en una ética del cuidado (Gilligan, 1985; Noddings, 2009) centrada más en la relación que en el agente moral, al poner el foco de atención en el escuchar “diferentes voces”, en el papel de la conversación, de la narración y, en definitiva, en el deseo de ser cuidados.